

que, habiéndole preguntado otro, si se habia quedado dormido mientras estaba de rodillas, le confesó que habia estado rezando el salterio.

LA PRISION, O EL MONASTERIO DE LOS PENITENTES

El abad del monasterio de que venimos hablando, atendia por todos los medios que le inspiraba la Providencia, á la santificación de sus religiosos. Las prácticas comunes de la vida cenobítica eran para los que, á su vista, se ejercitaban en la renuncia de sí mismos y en las virtudes religiosas. Los que habian combatido fielmente sus pasiones por medio de la obediencia, de la paciencia, de la humillación y de la mortificación, y se hallaban elevados con los auxilios de la gracia al estado de contemplación, tenian la laura, á donde les permitia ir, para que en el reposo de una soledad absoluta pudiesen gozar de las dulzuras de la divina gracia, y para combatir contra el demonio como valerosos atletas.

Pero como el hombre lleva á todas partes su fragilidad, y puede descender fácilmente del más eminente grado de virtud, y caer en graves faltas, quiso atender á la salvación de los que tuvieran la desgracia de violar la santidad de su profesion, para lo cual estableció el monasterio de la prision ó de los penitentes, en donde podian expiar sus crímenes por medio de las lágrimas y de la penitencia.

El Señor bendijo el celo de este excelente pastor, derramando abundantes gracias sobre este monasterio. En él

se veian prodigios de penitencia, y la compunción de los que la practicaban era tan viva y ardiente, que la relación que hace san Juan Clímaco como testigo ocular, pues que estuvo un mes en esta santa casa, es digna de admiración, y ha edificado á toda la Iglesia.

Preciso es mirar las disposiciones de estos venturosos penitentes como modelos dignos de imitación, cuando se quiere estar seguros de haber obtenido la reconciliación con Dios, despues de haber tenido la desgracia de ofenderle. Y no se pongan en duda estas severas mortificaciones, considerándolas como excesivas y fuera de la via ordinaria : Dios que inspiró á san Simeón Estilita el que subiese á una columna, y que lo puso por espectáculo á los ojos de los ángeles y de los hombres como un prodigio de la gracia, nos ha dado á estos como modelos de contrición, para confundir con sus santos excesos nuestra relajación y descuido en expiar nuestras faltas. Ha querido que los sagrados gemidos de estos ilustres penitentes fuesen como una voz atronadora, que penetrase en nuestros corazones, para que despertasen del letargo de la culpa : y si á nosotros no se nos exigen los mismos trabajos para la expiación de nuestras faltas, los de tantos religiosos, que tan amargamente lloraron las suyas, deben, á lo ménos, servirnos para excitar en nuestras almas sentimientos de verdadera penitencia y compunción, y de humillación por ser tan débiles los que concebimos.

No eran muchas veces grandes los crímenes por los que se entregaban á tan rigurosa penitencia estos fervorosos religiosos. Muchos de ellos la abrazaban como un purgatorio, en que expiaban faltas ligerísimas : otros la practicaban por el deseo ardiente de inmolar sus cuerpos á Dios por medio de rudas maceraciones, mientras que le sacrificaban sus corazones con los ardores de su santo amor, y otros, por último, eran condenados á ella, no ya por fal-

tas graves, sino para evitar que cayesen en ellas, y para que el ejemplo de su castigo sirviese de escarmiento á los demás.

Refiere san Juan Clímaco, que, habiendo sido expulsado del gran monasterio uno de los solitarios, por haber acusado falsamente á otro religioso de emplear el tiempo en vanas conversaciones, estuvo siete dias enteros á la puerta del monasterio, suplicando que se le perdonase su falta, y se le permitiese volver á su celda. Al saberlo el abad, y tener conocimiento de que no habia comido en aquellos siete dias, se informó de que era sincero su arrepentimiento, y le declaró que, para volver al monasterio, era necesario que expiase su falta en el de los penitentes. Este religioso, verdaderamente contrito, se sometió al mandato de su superior.

Este monasterio distaba del grande una milla, y se le llamaba la prisión, porque estaba destinado para los que caian en alguna falta grave. De este lugar estaban desterrados todos los consuelos humanos, y no se experimentaban otros, que los que el espíritu de penitencia proporciona á las almas sinceramente arrepentidas. Nunca se veia en este monasterio humo, porque para nada se encendia fuego : no tenian otro alimento que pan y legumbres. Estaban separados unos de otros, ó á lo más vivian de dos en dos. Estaban constantemente encerrados, sin salir absolutamente para nada, hasta que el superior conocia que estaban reconciliados con Dios. Tenian por superior á un religioso muy ilustre, llamado Isaac, destinado por el abad para gobernarlos. Además de la oración que constituia su principal ocupación, se dedicaban á trabajos manuales, para impedir que el cansancio y excesivo trabajo espiritual los abatiese.

Entrando san Juan Clímaco en detalles sobre las disposiciones de estos fervorosos penitentes, dice : « Cuando

llegué á este monasterio, que puede llamarse con mucha propiedad el retiro de los que lloran, vi, si tengo valor para decirlo, lo que el ojo de un hombre relajado no ha visto jamás, lo que el oido de un hombre negligente no ha oido nunca, lo que el entendimiento de un hombre perezoso no concibe jamas, es decir, acciones y palabras capaces de hacer violencia al mismo Dios, mortificaciones y humillaciones suficientemente poderosas para inclinar en poco tiempo su misericordia. »

« Vi á algunos de estos inocentes culpables y de estos injustos justificados, que pasaban las noches enteras de pié y expuestos á las inclemencias del tiempo con los pies inmóviles, y que, estando agoviados de sueño, no sólomente no se daban reposo, sino que se acusaban á sí mismos de relajación y pereza. Otros tenian sus ojos elevados al cielo, y en actitud que excitaba compasión, pedian á Dios con tristes lamentos que les perdonase. Algunos tenian las manos atadas atrás, cual si fuesen criminales, y no se atrevian á levantar sus ojos, considerándose indignos de mirar al cielo, y permaneciendo abismados en profundo silencio : otros estaban sentados sobre cilicio y ceniza, ocultando su rostro entre sus rodillas, ó con la frente pegada á la tierra. »

« A estos se les veia golpear incesantemente sus pechos, acordándose del estado venturoso de sus almas ántes de caer en el pecado ; mientras que aquellos regaban el pavimento con sus lágrimas, ó golpeaban sus carnes en el exceso de su dolor, cuando no podian llorar, ó despues de ahogar algún tiempo los gemidos de su corazón, prorumpian en lamentos y quejas contra sí mismos. »

« Habia también muchos de ellos que se consideraban indignos de toda perdón, y publicaban en alta voz que no podian satisfacer á la justicia divina por los crí-

meras que habían cometido ; lo cual decían no por un sentimiento de desesperación, sino por el convencimiento de la magnitud de sus ofensas, que los anonadaban con profunda humildad en la presencia de Dios. Por esta razón, le pedían que se dignase, por su misericordia, castigarlos en esta vida, para que pudiesen verse libres de los suplicios eternos. Había también otros, que, sintiéndose llenos de esperanza, se esforzaban en pedir á Dios el perdón de sus pecados. »

« Por último, continua el mismo santo Padre, vi allí hombres tan humillados, tan mortificados y tan agoviados por la carga de sus culpas, que las oraciones y lamentos que dirigían á Dios hubieran sido capaces de quebrantar la insensibilidad de las piedras. »

« ¿ Cuando, añade, se les vió reír ? ¿ cuando se les oyeron palabras inútiles ? ¿ cuando se dejaron arrastrar de la pasión ? ¿ cuando de la cólera ? Ignoraban hasta que hubiese cólera entre los hombres ; pues era tan viva y profunda su aflixión, que apagaba todos los movimientos de la ira. ¿ Se vió una sola vez entre ellos la más lijera disputa, el más insignificante regocijo, la más pequeña libertad en las palabras, el más leve cuidado de sus cuerpos, el menor vestigio de vana gloria, el menor apego á los placeres, á la comida ó á cosa alguna que pudiera causarles satisfacción ? Hasta el deseo de las cosas más necesarias para la vida estaba desterrado de sus corazones, y muerto el cuidado de las cosas terrenas en sus espíritus. »

« Siempre tenían ante su vista el recuerdo de sus faltas y el de la muerte. ¿ Se nos manifestará de nuevo el Señor ? decían algunos. ¿ Podremos descargarnos, añaden otros, del peso de nuestros pecados ? Estamos atados con los lazos de la culpa, exclamaban otros : ¿ cuando oiremos decir al Señor, salid ? ¿ Llegarán nuestros lamentos hasta él ?

¡ Ay ! decían otros, ¿ que nos ocurrirá en el último trance de nuestra vida ? ¿ Qué juicio se pronunciará acerca de nosotros ? ¿ cual será nuestro fin ? Algunas veces se proponían unos á otros estas dudas : ¿ creéis, hermanos míos, que adelantamos ? ¿ creéis que alcanzaremos lo que pedimos en nuestras oraciones ? Creéis que Dios nos admitirá de nuevo á su gracia ? ¿ creéis que nos abrirá las puertas del cielo ? ¡ Ah ! tal vez se dejará vencer por nuestra perseverancia. Corramos, pues, hermanos míos, corramos : tenemos necesidad de hacerlo con todas nuestras fuerzas, pues que nos hemos separado de nuestros santos compañeros, y dejado el camino verdadero. Corramos sin consideración á los sufrimientos de nuestra carne : demos muerte á esta homicida que nos ha asesinado.

« Era tan vivo el dolor de que se hallaban penetrados por sus faltas, que muchos de ellos suplicaban al superior que les pusiese argollas de hierro al cuello, esposas en sus manos y grilletes á sus pies, para llevar estos signos de su castigo hasta la tumba. Tampoco faltaban algunos que se juzgaban indignos de ser sepultados como los demás, y rogaban que se les privase de sepultura, y que sus cuerpos se arrojasen al río, ó se expusiesen en el campo para servir de pasto á las bestias. »

« Pero ¡ cuán terrible era el espectáculo que ofrecía la muerte de uno de estos penitentes ! Cuando estos bienaventurados veían que uno de sus compañeros iba á dejar este mundo, le rodeaban todos, y animados por el fuego de su celo, bañados en el agua de sus lágrimas y movidos por el ardor de sus deseos, le decían con palabras tristes y con sentimientos de compasión : ¿ Como os encontráis, hermano nuestro y compañero en nuestras desgracias y trabajos ? ¿ qué decís ahora ? ¿ qué esperáis ? ¿ habeis obtenido lo que buscabais con tantos afanes ? ¿ teneis seguridad de vuestra salvación ? ¿ es bien fundada vuestra

esperanza? ¿No habeis oido en el fondo de vuestra alma una voz que, os dice: tus pecados te son perdonados? O por el contrario, ¿resuena en vuestros oidos aquella voz terrible, que decia que los pecadores serán arrastrados al infierno? Hablad sinceramente para que podamos conocer el estado en que os hallais, y por el que nosotros hemos de pasar un dia: pues para vos está terminado el tiempo de la penitencia, y sólo os espera la eternidad.»

A estas preguntas respondian unos de los moribundos dando gracias al Señor por su infinita misericordia; mientras que otros, atemorizados por el terrible juicio de Dios que iban á sufrir muy pronto, manifestaban más vivamente el dolor que concebían por sus pecados.»

«Por lo que á mí toca, no puedo ménos de confesar que, cuando ví y escuché todas estas cosas, que me hacían comparar mi relajación con las mortificaciones y trabajos de estos penitentes, me asaltaron pensamientos de desesperación. Un mes entero pasé en este monasterio, y como me consideraba indigno de vivir en tan santa compañía, me volví al gran monasterio, en donde, viéndome el abad como fuera de mí mismo, y adivinando con su profunda sabiduría la causa, me dijo: Y bién, Padre mio, ¿habeis observado los trabajos de estos generosos combatientes? — Si, Padre, le respondí, los he visto: los he admirado, y he podido observar que estos hombres, que han caído en el pecado y lloran sus culpas, son más venturosos que los que no han caído, ni lloran, porque su caída ha sido causa de una resurrección que les preserva de nuevas caídas.»

«Exacto es vuestro juicio, me contestó, despues de referirme una historia que voy á consignar en este lugar. Hay cerca de diez años, me dijo, que teníamos un hermano, cuyo ardor y actividad para todos las ejercicios religiosos era tan grande, que, al verle con tal fervor de espíritu, me

estremecía, y temia que la envidia del demonio se sirviese de la velocidad con que progresaba para hacerle estrellar contra alguna piedra, como sucede de ordinario á los que caminan con mucha precipitación. Lo que yo me figuraba sucedió al fin. Despues de su caída vino á buscarme una tarde, descubriéndome su llaga, y pidiéndome remedio. Conocí la turbación de su espíritu y el dolor de que se hallaba poseido su corazón; pero cuando vió que su médico no queria usar de la severidad que él deseaba, pues era digno de compasión, se postró en tierra, abrazó mis pies, regándolos con abundantes lágrimas, y pidiendo que lo condenase sin condescendencia alguna á la prisión. Así es que, por una santa violencia, me ví obligado á cambiar la dulzura y compasión en rigor y dureza.»

«Apénas hube accedido á sus deseos, se trasladó al monasterio de los penitentes, haciéndose compañero de sus trabajos, y fiel imitador de sus lágrimas y afectos de compunción. Fué de tal manera herido en su corazón por la espada espiritual de la tristeza que el amor divino le habia causado, que al octavo dia entregó su alma en manos del Señor, pidiendo ser privado del honor de la sepultura; pero yo hice traer su cadáver á este monasterio y enterrarle en el cementerio de los Padres, de cuya gracia era muy digno, porque ví que, despues de una servidumbre voluntaria de siete dias, habia sido puesto en libertad al octavo, y un religioso supo con certeza, que Dios le habia perdonado su pecado ántes de levantarse de mis pies. He visto también á muchas almas que se hallaban poseidas hasta la manía del amor de las cosas sensibles y corporales, y que, habiéndose consagrado á la penitencia, se sintieron en seguida abrasadas en el fuego santo del amor divino, y que pasaron en un momento del temor servil al amor filial.